

Reflexionando desde la ZAD

(per veure cròniques de John i opinions d'altres companys, anar <https://zadforever.blog/>)

Aquí en la ZAD estamos intentando legalizar o más bien ser forzados a hacerlo, bajo la amenaza de la aniquilación total del estado. Por supuesto como en todas las épocas de la historia, desde las legalizaciones en Amsterdam y Berlín, a la compra de Christiania... tales procesos siempre crean enormes tensiones en los movimientos, a veces destruyéndolos en el proceso.

Esto es en parte lo que está sucediendo en el ZAD, con una pelea entre aquellos que están haciendo la apuesta de lo que llamamos autodefensa administrativa y los llamados 'radicales', que se niegan a negociar y piensan que podemos ganar en el terreno con nuestro cuerpos, piedras, barricadas y molotovs contra sus tanques, drones, robocops, helicópteros, balas de goma y granadas explosivas... Para mí, esta fantasía guerrillera se basa en un error de cálculo total de la situación, pero esa es una larga historia que es muy específica a la historia del zad y la lucha contra el aeropuerto y su mundo. En mi opinión..

1) La clave de cada lucha política, cada cuestión de estrategia es, por supuesto, mirar la situación particular, sentir lo que está en juego y compartir un análisis con aquellos que se ven afectados por las decisiones tomadas. Cada respuesta depende del contexto, del tiempo y lugar en particular, de los humanos y más que de los humanos que habitan allí, las historias y mitos que surgen de allí, los deseos que nos atraen a querer verdaderamente habitar en el territorio que estamos tratando de defender y mantener.

El lado que menos me gusta del anarquismo es cuando las reglas ideológicas abstractas se aplican a las situaciones, estableciendo una forma única de radicalidad, desarraigada del contexto, con las ideas flotando sobre la situación como un dios o un espíritu, intocable, inmutable; una verdad universal eso puede convertirse fácilmente en tiranía.

La política radical nunca debe ser un conjunto de reglas, sino una serie de principios que nunca pueden separarse de su situación. Para mí, la clave para una comprensión ecológica de la vida es darse cuenta de que todo está incrustado, encarnado, enredado y conectado. Gran parte de la política radical todavía está contaminada por el individualismo liberal, ignora el hecho de que la vida es un desarrollo complejo hacia la libertad que está siempre en conexión con otros individuos (humanos y más que humanos) y las tierras.

Nuestra libertad no es un estado atomizado flotante, somos libres no porque hemos roto nuestras cadenas y nos hemos liberado de restricciones, sino porque hemos aprendido a cultivar nuestras raíces, a extender nuestros vínculos, a compartir nuestra vitalidad con la tierra y a aquellos que la habitan con nosotros. Esta es una libertad que ganamos al alinear nuestras necesidades e intereses individuales con los de la comunidad en general, es una libertad integrada. Sin comida, no somos libres, sino que tenemos hambre. Sin amor no somos libres sino

vacíos. Sin agua no soy libre, sino sediento. Sin amigos no soy libre, estoy solo. La palabra amigo y libre provienen de la misma raíz indoeuropea, que transmite la idea de un poder compartido que crece. Soy libre porque estoy vinculado a una realidad mayor que yo.

Siento que nuestros movimientos han sido muchas veces comprometidos por posturas que buscan lo puro, rechazando cualquier cosa y todo lo que no es perfecto como cooptación, reformismo y fracaso. Este es a menudo el argumento en contra de la legalización. Y cuando tu política solo se define por tu oposición al Estado, entonces sigue siendo el Estado que te define, te pone en una caja, una subjetividad que se convierte en prisión y ya no en algo maleable, receptivo y verdaderamente autónomo. Corre el peligro de dejar de ser "una práctica en desarrollo", como dice Raúl desde Oaxaca.

Como han escrito nuestros camaradas, ser radical se ha convertido en otro estilo de vida *"desde la derrota catastrófica de la década de 1970, la cuestión moral de la radicalidad ha reemplazado gradualmente a la cuestión estratégica de la revolución. Es decir, la revolución ha sufrido el mismo destino que todo lo demás: se ha privatizado. Se ha convertido en una oportunidad para la validación personal, con la radicalidad como estándar de evaluación. Los actos "revolucionarios" ya no se valoran en términos de la situación en la que están integrados, las posibilidades que abren o cierran. Lo que sucede en cambio es que se extrae una forma de cada uno de ellos. Un sabotaje particular, que ocurre en un momento particular, por una razón particular, se convierte simplemente en un sabotaje. Y el sabotaje silenciosamente toma su lugar entre las prácticas revolucionarias certificadas, en una escala no escrita donde arrojar un cóctel molotov es "superior" a tirar piedras, pero no vale tanto como poner una bomba. El problema es que ninguna forma de acción es revolucionaria en sí misma... el sabotaje también ha sido practicado por los reformistas y por los nazis. (A Nuestros Amigos: El Comité Invisible)*

2) Hay muchos espacios autónomos que duran un período de tiempo corto. La gente okupa, es desalojada, marcha, vuelve, vive un desalojo, un juicio, se agota... hasta volver a la normalidad del trabajo asalariado. Cuantos de nosotros, activistas de mediana edad (hablo por mí), seguimos en la resistencia y en la construcción de alternativas al capitalismo? Muy pocos. El queme y la desertión para una vida más cómoda ha devastado a nuestra comunidad, y esto se debe en parte a que tenemos muy pocas bases vivas que puedan sostenerse por largos periodos de tiempo. También significa que los aprendizajes intergeneracionales se hace más difíciles.

Mantener Can Masdeu u otros lugares durante décadas significaría que dos generaciones más pueden crecer allí, aprender de los mayores, de la historia de ese lugar. Por supuesto, uno de los argumentos en contra de la legalización es que inevitablemente conduce a una especie de desradicalización, ya no hay nada contra lo que luchar, y así la vida pierde su filo y se desvanece en la normalización. Sí, esto siempre es un riesgo, pero la clave es establecer principios para que esto no suceda, y a su vez mantener las historias de cómo la resistencia mantuvo este

lugar vivo, convertirlos en canciones cantadas durante las fiestas, asegurarse de que la lucha y la construcción de una alternativa sigan incrustadas en la vida cotidiana. Si vamos a poder cambiar este sistema, necesitamos bases a largo plazo para experimentar soluciones a largo plazo y para construir nuestro poder, nuestra fuerza revolucionaria.

Al final, esta es la pregunta principal: ¿la legalización posibilitará y potenciará los movimientos o debilitará y eliminará la potencialidad? En cualquier caso, lo que nunca hay que olvidar es que ganar la legalización es una victoria. El Estado os habría desalojado tranquilamente si hubiera podido, convirtiendo el lugar en un hotel, un spa o cualquier plan que se ajuste a la lógica del crecimiento económico y las ganancias. Pero el poder colectivo los detuvo, su fuerza los empujó a retirarse de esa opción y ofrecerles la única opción que conocen: legalización... ¡nunca olviden que esta es una victoria!

"La autonomía política es el deseo de permitir que las diferencias se profundicen en la base sin tratar de sintetizarlas desde arriba, para enfatizar actitudes similares sin imponer una 'línea general', para permitir que las partes coexistan una al lado de la otra en su singularidad". Sylvere Lotringer y Christian Marazzi, "El retorno de la política" en Italia: Autonomía, Escritos pospolíticos, Semiotexto (e), 1980